

La Venganza Sera Terrible

João-Clóvis Bruselas



Capítulo 1

En 1999 me junté con mi pareja y nos fuimos a vivir a un campo en el medio de la nada, el lugar se llamaba *"El Chajá"* y se ubicaba en el interior profundo de la Provincia de Buenos Aires, por las noches, como no había luz eléctrica, usábamos una batería que se cargaba cada dos o tres días poniendo en marcha un viejo tractor rojo con el que hacíamos varios de los trabajos del campo. Teníamos un televisor de catorce pulgadas, blanco y negro, en el cual la imagen se iba achicando de a poco a medida que se iba agotando la batería. En ese entonces, yo, desde la cama, miraba la novela *"Resistiré"*, luego, cuando finalizaba, apagaba la televisión y, con lo poco que me quedaba de fuerzas, escuchaba *"La Venganza será Terrible"*, el programa de Alejandro Dolina, en un viejo pasacasete, de una camioneta que ya no existe, que tenía sobre mi mesa de luz. Así fueron todas mis noches en el campo, me dormía con una sonrisa melancólica en medio de tanta penumbra, en una época que no era la mía, vivía como se vivía cincuenta años en el pasado, atrasada a mi presente. Sergio era la única persona que veía durante todo el día en ese campo alejado de todo, nos habíamos juntado ni bien me hice mayor, después de que anduviéramos a escondidas en el pueblo durante varios años, éramos muy chicos, él tenía dieciséis y yo catorce, andábamos ocultos porque mi familia no quería saber nada de que yo anduviera con un pobretón de campo como lo era él. Yo también hubiera preferido que él tuviera algo de plata, que sé yo, que estudiara para contador y que viviéramos juntos en Pigüé mientras yo estudiaba alguna cosa para poder seguir viendo a mis amigas y estar cerca de mis padres. No voy a mentir, aún lo amo como la primera vez, pero es duro estar en el medio de la nada con un tipo que es apenas un poco menos taciturno que el viejo Serapio, el mudo del pueblo. Nos levantábamos ni bien se aclaraba el horizonte, tomábamos unos mates mientras íbamos preparando las cosas para salir a mover las vacas para ordeñarlas y alimentar a los terneros guachos, después hacíamos cosas variadas, reparábamos alambres, arreglábamos el molino para que funcionara nuevamente ya que siempre se le rompía algo diferente, luego llenábamos con agua el bebedero de los animales, corríamos las gallinas para sacarles los huevos, finalmente almorzábamos algo y después dormíamos una merecida siesta hasta que el sol menguara un poco. ¡Qué vida más triste para quienes venimos del pueblo y nos gusta dar la vuelta del perro después de la escuela o el trabajo! ¡Cómo extrañaba esa vida aburrida de los pueblos! A veces venía gente por el camino de tierra al costado de dónde estaba nuestra casa y deseaba con fervor que fuera cualquiera, me daba igual si era un viejo ignorante que llegaba para pedir algún repuesto para el tractor roto o si era un croto que andaba a la deriva y acarreaba consigo una jauría pulgosa y mal oliente. En las cosechas de verano había más movimiento, estaban los santiagueños que se movían de campo en campo, de cosecha en cosecha, aún lo hacen y nunca vuelven a sus casas, se la pasan trabajando y prácticamente no duermen siesta, no entiendo ¿el por qué se habrán ganado esa fama de

vagos que tienen? Algún prejuicio viejo y tonto, me supongo, que andará dando vueltas desde la época de Sarmiento, así como ellos nos llaman porteños porque sí, ¿por qué se les ocurrirá que unos campesinos como nosotros podemos ser iguales a los porteños? Si estamos a setecientos kilómetros y ni hablamos, casi, el mismo idioma, lo hablamos, si, seguramente nos entenderíamos si nos pusiéramos a hablar, así como yo entiendo lo que dice Dolina cada noche en la radio, pero si yo le hablara a él seguramente notaría que tengo un dialecto diferente, entre tosco y cantado, él es porteño de Buenos Aires, nosotros somos pueblerinos, paisanos del interior de la Provincia de Buenos Aires, lo mismo que un santiagueño, un tucumano o un mendocino, si es que existen porque la verdad que jamás he visto a uno, lo único que sé es que dicen que hablan más como los chilenos que como nosotros. ¡La pucha, que no conozco ni mi propio país!

Sergio me dice que quiere tener hijos, muchos hijos, que ya es hora y que para algo hace más de dos años que nos matamos trabajando de sol a sol en el campo. Yo asiento con la cabeza mientras pienso secretamente ¿qué vamos a hacer con tantos niños? ¿para qué los queremos? No quiero estar condenada a estar atrapada para siempre en este lugar, estamos casi como en la edad media, ni luz tenemos ya que apenas nos iluminamos con dos viejos sol de noche, es un horror esto, todo el mundo entrando en el siglo veintiuno, usando internet, y nosotros acá, viviendo a oscuras, con miedo de que aparezca alguna bestia y nos devore en medio de la noche, añoramos la luz, eso que parece tan normal si una está en la comodidad de su casa en el pueblo, pero no, estamos como los antiguos romanos o los judíos antes de que mataran a Jesús, adorando a un ser al que llaman luz, ¡y como no adorar la luz y endiosarla! si evita que te coman los bichos carnívoros, te alumbra por la noche para que no te caigas a un precipicio. No puedo tener esos miedos obscenos de hace un milenio o dos, ya hablé con él y le planteé irnos al pueblo, pero no hay caso, para Sergio es estar juntos acá o en ningún lado, si se puso hasta tenso cuando lo dijo, parecía que me amenazaba con los ojos y con su cara tiesa. ¿Qué le pasa? Encima que lo acompaño hasta este lugar abandonado de la mano de dios me mira como si me estuviera haciendo un favor. Anoche Dolina, en su programa de radio, hablaba y contaba chistes sobre un opúsculo que enumeraba diez pasos para dejar a su amado, eran todos muy graciosos, pero poco prácticos para utilizarlos, por suerte una oyente le respondió que lo mejor era huir sin dar explicaciones. Todos rieron en el estudio, y yo también reía en silencio mientras Sergio dormía ya que nunca se queda despierto después de las doce de la noche. En la radio, o en el teatro, no sé dónde estaban haciendo el programa, todos, conductores y público asistente, reían mientras yo pensaba en los que ésta oyente decía y que Dolina repetía. "Donde no debes estar no hay nada para amar, así que huye pequeña borrega, huye sin dar explicaciones".

Sin pensarlo ni dudarlo salté de la cama y me abrigué con un saco de lana que había en la cocina sobre el respaldo de la silla de paja, me puse las

alpargatas y salí afuera con el pijama que refractaba un poco de la luz que emanaba la luna casi llena. Abrí la primera tranquera, la que está detrás de la casa, a pocos metros de la puerta trasera que da al depósito dónde guardamos los víveres mensuales, después empujé el renó 12 hasta pasar la tranquera, la cerré con cuidado mientras espantaba a unos de los perros que se acercó a mi, curioso por el infrecuente alboroto nocturno, luego miré hacia la casa a ver si había movimiento alguno de Sergio. Nada. Me subí al auto y le di arranque, corcoveó un poco, pero arrancó a la segunda acelerada, seguro que ahora Sergio si habría escuchado eso y estaría saliendo de la cama como alma que se lleva el diablo. Prendí las luces y encaré a la huella a una velocidad media, no quería dejar una rueda en un pozo en ese momento de fuga, llegué a la otra tranquera, la que nos separa del camino de tierra que da a la ruta 33, bajé y la abrí, miré por encima del auto y vi que algo se agitaba y gritaba, podría haber jurado que era el susurro del viento que me decía "andate Paula" pero no, era Sergio que gritaba y me llamaba por mi nombre, pobrecito, las cosas que estaría pensando. Dejé la tranquera abierta, total la cerraría Sergio en cuanto llegara en su plan por detenerme, me subí al auto y aceleré lo suficiente como para alejarme rápidamente de ésta vida, que ya era pasada para mí. No pude ver la cara de Sergio por el retrovisor, tampoco quería verla porque me daría mucha tristeza, pero vi su silueta agitándose, levantando los brazos como esperando que lo reconociera y que eso bastara para hacerme regresar. Pensaré que soy una loca, que no reconozco el esfuerzo que hicimos, tal vez tenga razón. Prendo la radio y puedo escuchar a Dolina que, con aire un poco más solemne que antes, habla algo sobre Napoleón, en realidad sobre su hermano Pepe y el origen de la frase "viva la pepa" a raíz de como empinaba el codo durante su estadía en España, pero yo siento que me habla a mí y me dice "seguí mujer, no te detengas, que donde no debes estar no hay nada para amar, así que huye pequeña borrega, huye sin dar explicaciones". Y yo le hago caso mientras meto el renó 12 en las huellas profundas de un campo que dejo atrás lentamente, como en los sueños en lo que una quiere escapar y no puede.